

## EL MENCEY QUE QUISO OLVIDAR

© Alberto Omar Walls

Se había mantenido paralizado en el interior de la cueva. Mientras empezaba a darse cuenta que allí estaba, presintió que se hallaba solo en medio del mundo. Oyó el sonido quejumbroso del balido de un baifo, y se le plantó de golpe en la mente una visión de un pastoreo al que se llegaban presurosos unos hombres de acero que refulgían en medio del campo. Sin saber aún lo que querían decir las imágenes que quizá creara su mente, asistió a la violencia desencadenada del embate de unos hombres de acero en el momento de darles muerte a unos pastores y luego robar sus rebaños.

Una bandada de pájaros cruzó por delante de la boca de la cueva mortuoria de los antepasados, por lo que aquella primera visión quedó sustituida por una historia que le había ocurrido cuando niño. Cientos de canarios ribeteados en hermosísimos tonos verde y pardo lo habían rodeado y, como él no entendía sus múltiples trinos agudos, se echó a llorar. Fue cuando su padre lo condujo a dar con el guañameñe, para que le hablara de su futuro y le sacara de la cabeza todas aquellas visiones que tanto lo asustaban en sueños. Y para que le aclarara las diferencias entre realidad y ficción.

Cuando el brujo oyó al jefe decirle que al niño Bentor lo rodeaban unos pájaros, tranquilizó al mencey Benitomo comentándole que su hijo estaba llamado a ser un gran guerrero, por eso los cantores de vivos colores iban a dar con él para ponerle al tanto de lo que habían visto en otros lugares. Que era niño aún, pero que debería oír con tranquilidad de espíritu las voces con que se valían los antepasados para comunicarse.

Tan arriba de las montañas, aunque solo, bullía la vida, porque se lo recordaban los pájaros, el árbol centenario, el enorme farallón rocoso que se perdía en el cielo, y aquel mar que en la lejanía acunaba las grandes telas blancas de las casas de madera de los hombres de acero. Se volvió de nuevo unos pasos hacia dentro de la gruta y se detuvo en observar su interior. Reconocía los objetos que se agrupaban alrededor de unos túmulos de piedras: vasijas, molinos, cerámicas pintadas, muñecos y cuencos para frutas y leche. Sobre las piedras y maderas, había unos fardos envueltos con pieles con forma humana. Aceptó de golpe que de entre aquellas formas estaba el cuerpo mirlado de su padre, y los de sus otros antepasados a quienes nunca debía olvidar. Y si su padre, el sabio Benitomo, a quien acompañó en muchas batallas, se hallaba allí, era que él, Bentor, seguía vivo por algo. Si había permanecido en aquel lóbrego lugar sin saber siquiera cómo llegó, seguro que fue el alma de su padre quien lo había conducido. O fue el infinito poder del cielo, ataman, que lo dispuso para que sus pasos lo llevaran adonde debería empezar a recordarlo todo. O puede que hayan sido los pájaros. Y recordar ¿para qué? Ah, sí, recordaba la ceremonia del tagoror en que fue ungido Mencey. Recordó que había besado el hueso de su antecesor más antiguo, jurando fidelidad con las palabras sagradas que hacían referencia a la grandeza de la dinastía de sus menceyes.

Volvió los pasos al auchon donde dormían eternamente sus antepasados. Puesto de pie en el borde del acantilado decidió que volvería a conectar con el mundo de los muertos. Sintió transportarse, con las melodías de los pájaros, tan lejanamente que llegó hasta donde se reflejaba el rostro de Autindana, la gran madre fundadora de los linajes donde los nueve menceyatos asentaron su poder. Vio que en aquel rostro, en un principio plácido y sonriente, destilaban de sus lagrimales dos lentos ríos de sangre...

Comprender el significado de la visión le dolió más allá del cuerpo, porque era un dolor de especie, por eso gritó, y tan fuerte lo hizo que algunas piedras que se hallaban en lo alto, bajaron apresuradas en torrentera a precipitarse en el vacío. Tuvo el impulso primero de asirse a una para lanzarse junto a ellas, pero las dejó ir.

En el gesto de echarse para atrás y permitir que las piedras se vaciaran en el abismo, miró hacia el frente y se detuvo para observar que allá al fondo estaba detenido el mar extenso. Sobre la superficie se irisaba lo que podría ser el magec de la diosa sol, símbolo que partía su imagen divina en cientos de brillos. Por aquel hueco de la isla habían llegado hacía ya tiempo quienes resultaron ser enemigos de los guanches, de los bimbaches, los auaritas, de los majos... Y su memoria le extrajo a la superficie el recuerdo de cuándo los primeros guayotas, venidos en grandes cabañas por la parte alta del mar, rompieron el orden divino de sus tierras y gentes. Los habitantes de las islas decían ya que las estrellas y los astros desaparecerían y que el propio Acorán sería derribado desde la cima de la cumbre del andamiaje que une el cielo con los astros.

Un guerrero no podía comprenderlo, por eso el alma se le iba del lado del olvido. No aceptaba que tan hermoso mundo tocara a su fin. ¿Pero cómo luchar...? Por unos segundos, su mente tan especial que atrajera desde niño a los pájaros cantores, voló de nuevo hasta llegar al territorio de la memoria colectiva y, en ese proceso instantáneo, pudo descubrir que todas las batallas perdidas eran la misma batalla de siempre, en la que sucumbían los débiles a manos de los más fuertes. Que nunca habría ya más dolor ni compasión para compartir con los que sufren... Había luchado y visto desaparecer miles de vidas de todas las edades, y nada quedaría por hacer, salvo que se cumplieran las predicciones, y los invasores los aniquilaran para quedarse con las tierras de sus antepasados...

¿Y quienes los culparía de sus tropelías y desaciertos? ¿Y si se los hallaba culpables, quién los castigaría? Él habría recurrido en otro tiempo a los demonios que yacen en lo profundo de Echeyda, ¿pero por dónde empezarían su venganza los demonios? ¿Lo harían antes contra los cristianos?, ¿o contra los propios hijos de la tierra que acobardados dejaron entrar en sus corazones la codicia junto al temor? ¿Y quién podría culparlos de que quisieran salvar las vidas?

Deseaba conocer la razón última que movía a sus antepasados a permitir lo que se venía viviendo desde hacía muchos años. El no comprender las argucias de ese nuevo mundo, lo trastornaba. Lo habían dicho hacía tiempo atrás algunas harimaguadas y guañameñes, también oyó decir lo que contaban ciertos yones, echeydes y aguamujes, de que vendrían sobre grandes casas de madera por el mar, de que estaba escrito en el techo del tiempo, y que todo se cambiaría como el día a la noche.

-Parece que ha sido trazado y Acorán lo quiere así. Se acabaron las negociaciones y ofrendas. Sé luchar hasta morir, ¿pero por qué estoy condenado a asistir a la destrucción de mi gente?...¿Y qué había ocurrido con mi pueblo? Los que vienen por el mar saben cómo penetrar para asegurar sus intereses, por eso siempre tuvimos temor al abismo de agua. Son obstinados hombres, terribles soldados, y crueles ejecutores de las ordenanzas recibidas por sus despóticos caudillos, pero traen gran arsenal guerrero que guardan en sus casas de la alta mar, donde se almacenan mortíferas armas. ¡Ni siquiera tenemos una ballesta por guerrero, o un dardo, venablo o tragacete!, aunque somos astutos con hondas y garrotes, pues con tanto arte las maniobramos que en esa habilidad nos fue ganarles más de una vez... Pero nunca es suficiente. ¿Combatir con tamarcos y arpilleras, si ellos llevan corazas, quijotes, tarjas, manoplas, adargas, cascos y celadas? ¿Y qué decir de los lindos animales sobre los que se asientan sus jefes? ¿La gentil belleza del caballo, sólo comparable con la nobleza de un hombre santo?

Una ruidosa bandada de pájaros asustados lo devuelve al cuerpo. Dio vida a sus ojos. Reconoció con la nueva mirada el entorno y, volviendo el rostro a lo alto del farallón, descubrió columbrados sobre un picacho del gran cerro, a unos hombres con pechos y lanzas de hierro. Avezado en la lucha, supo que llegaban a apresarlo acerándosele por el atajo del sur. Sabe que conocen todas las veredas y pronto andarán la tierra como si hubieran nacido en ella. También confirma en su interior la certeza de que no será esclavo de nadie, ni abandonará jamás la fe que tiene en Acorán.

-Creo que pronto se acabará el mundo -se dijo en alta voz.

Cuando le da la orden de andar al cuerpo, ya está pensando qué decir cuando vea del otro lado a su padre, el gran Bencomo. Tendrá que explicarle a él y a sus antepasados la verdad. En cuanto los vea, no podrá sólo contarles que los rebaños se hallan ocultos en cuevas estratégicas, o que los aguerridos sigoñes están en igual situación con las mujeres y niños, que los más jóvenes han sido apresados y vendidos como animales, que sus ancestrales costumbres han sido pisoteadas y comienzan a borrarse de las memorias... Les dirá que si antes luchaban cuerpo a cuerpo siendo magnánimo o cruel con el enemigo, ya se ha impuesto otra manera de batallar basada en la astucia de las nuevas armas, el engaño y la vejación... Pero les susurrará que sus gentes han cambiado, porque los miedos son muchos y las atrocidades que el nuevo orden del mundo les ha traído son cambios que los hace sufrir hasta la destrucción total... y que ahora yacen muertos por los caminos.

Entró en la cueva y buscó un pebetero para la última ofrenda. Diciendo una oración que no salió de sus labios, con manos ágiles juntó partes del codeso, conejera, alhelí, margarita, retama blanca, tajinaste, gramínea y menta. Unió todo con hierba pajonera y le prendió fuego al grupo de vegetales secos. Hacía la ofrenda para ser aceptado por los espíritus, aunque sabe que sus antepasados lo esperan...

Se fue al encuentro de los hombres. Ayudado de su flexible astia tardó lo mínimo en estar casi a su altura. Sabía que con aquellos tres podría en un abrir y cerrar de ojos, pero también sabía que bajarían más tarde otros, y luego muchos más para así poder dominar al fin al mencey Bentor... Pero no lo iba a permitir.

Primero dio fuerte con el canto de la mano en el cuello del más joven, el que venía sobre él con los ojos tan asustados. Bentor le encajó un golpe seco, y el soldado dejó caer al suelo su venablo para luego ponerse a gritar, pues el cuello se le había quedado como partido. Al segundo hombre, lo agarró por el gáznate y sacó para sí el contenido de la tráquea, con lo que perdió el habla, se le nubló la vista y cayó al suelo fulminado en medio de ahogos. Al tercero le metió con mucha fuerza la mano, recta y dura como una flecha, en el centro del pecho, hurgó en su interior y luego sacó su puño cerrado. Cuando lo abrió, aún le palpitaba el corazón en medio de la palma extendida. Había querido vengar en aquellos tres infelices todo el terror acumulado contra el invasor durante años, hacerles pagar la deuda de miles de muertes, mutilaciones, esclavitudes e ignominias, aunque sabía que era ya todo inútil, tanto el rencor como la lucha. Mas cuando aquello pensaba y veía a los tres derruidos en tierra, oyó grandes voces que venían desde lo alto. Mirando contra el sol, aseguró ver que más de cincuenta sombras brincaban por los matorrales y pedruscos y se venían gritando, lanzados a margullo, en su busca y captura. Pero había decidido no seguir luchando...

A pesar de la situación, se acercó con parsimonia, dando de frente unos pasos decididos, hasta alcanzar la línea más abismal de aquella altísima pared del barranco. Un poco antes del impulso final, gritó con todas las fuerzas de su pecho: - ¡Guañot, Achamán!

Mientras estaba en lo alto del aire, con las piernas puestas a horcajadas como si quisiera subirse a sus lomos, volvió a gritar. Se detuvo unos segundos galopando sobre los blancos caballos del viento.

Ah, qué extraña y mágica sensación experimentaba subido en aquella indómita grupa hecha con lo que no se ve, pero que mueve el mundo. Miró hacia los cuatro puntos cardinales de su tierra. Se balanceó un poco. Parecería que en realidad el águila que llevaba dentro lo fuera a elevar nuevamente por los aires. Mas su cuerpo empezaba a descender...

Su alma, hecha a la medida de un águila, en el impulso del grito voló lejos. Y se dejó llevar por el vuelo agitado y veloz. Ya no sabía lo que era el tiempo, ni que a ese acto le sigue otro, pues sintió elevarse ingrávido. Se miró hacia los lados y se asombró al comprobar que en los extremos, unas pequeñas plumas se movían casi imperceptiblemente porque le servían de controladoras del vuelo. En poco tiempo había avanzado mucho. Vio cómo debajo de él se elevaba majestuosa la terrible perra Echeyda, ostentando en su cúspide un pequeño caperucho blanco. Toda aquella espina dorsal que se elevaba como una cresta formando el pináculo de Echeyda, estaba esperándolo allá abajo aparentemente dormida, esculpida en lava. Entre su regazo divino, se alargaba la hermosa alfombra de tantos verdes que formaban el aceviño, el mocán, el barbuzano, el madroñero, el laurel o el pino. Algo más arriba, a la altura del ancho y largo tórax pétreo, estaría el ambiente salpicándose de olores por la vegetación que se ofrece en un permanente sahumero compuesto por alhelí, retama, nepeta, poleo y tajinaste. Si vuela aún un poco más arriba, a su alma la embriagará el dulce aroma de la humilde violeta. En medio de aquel descomunal espacio de formas petrificadas de lavas, reconoció a muchos rostros conocidos que le habían sido tan queridos. Cuando se le aplacó la respiración, su águila interior volvió desde el mundo subterráneo y lávico de los demonios hasta asentarse de nuevo en el de las emociones que le bombeaban en el centro del pecho.

Y se hizo hijo de la fuerza de la tierra que lo atraía irremisiblemente hasta el suelo. No oyó el sonido de su cuerpo al rebotar sobre uno de los salientes y luego seguir bajando apresurado, dando miles de volteretas sobre sí mismo. No lo oyó, porque sí que escuchaba el mágico trinar de miles de pájaros canarios, de mágicos colores, que al unísono elevaban sus cánticos de libertad.